

de los príncipes. Sobre todo las ^{de} ~~de~~ estancias fueron peligrosísimas: escapar de Nazaret, seguía condenado a muerte por Jerusalén sería atormentado y muerto. Y aun- ~~ti~~ no sabían compaginar lo que les decía el Señor, pero ya entendían que Jerusalén para él y para ellos encerraba un tremendo peligro. ¿No habían de temer?

Tanto más que en el aire del Maestro también advertían lo mismo que otras veces habían advertido, y es que a medida que se acercaba a Jerusalén, parecía poner más esfuerzo y ánimo, salía de su paso ordinario, caminaba delante de todos, llamando la atención su afán y premura. Andaba como quien recelaba algo en la ciudad santa.

Esta vez, dice San Marcos. «al subir a Jerusalén Jesús caminaba adelantándose a ellos, y ellos se espantaban y siguiéndole temblaban».

Su instinto y el conocimiento que tenían del Maestro les hacían creer que había algo extraordinario. Sea que ellos se lo diesen a entender, o que el Maestro de suyo quisiese explicárselo, tomó a los doce en secreto y comenzó a decirles lo que iba a pasar.

Era la primavera, florecían los campos de Judea, se acercaban a la opulenta y florida Jericó, todos los contornos de Jerusalén, todos los caminos que a ella conducen estaban llenos de gente de fiesta que iba a la pascua; pintorescas y animadas caravanas de diversos países y colores surcaban los caminos, voces de alegre peregrinación y cantos de viajeros alegraban los campos, la luna nueva enviaba, aunque tenue, su cenicienta luz a la tierra anunciando la gran fiesta. Pero el Corazón de Jesús latía con nada alegres pensamientos. El Cordero de Dios pensaba en los pecados del mundo, y en la sangre que para quitarlos tendría que derramar en medio de terribles tormentos de allí a dos semanas cuando aquellas flores se abriesen, y aquella luna nueva se llenase... Así, pues, vuelto a sus discípulos, que con estupor y temblando le seguían, después de separarlos de los demás de la turba y hablándoles con solemne secreto, les dijo:

«Por fin subimos a Jerusalén y se van a cumplir al Hijo

del hombre todas las cosas escritas por los profetas. Porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y a los ancianos, y le condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán; y al cabo de tres días resucitará».

Bien claro estaba el vaticinio. Y hoy que sabemos los acontecimientos, no tenemos más remedio que pasmarnos de la exactitud con que se cumplieron todas las palabras de Cristo. Aunque en verdad poco nos maravilla a los que tenemos fe cierta de la divinidad del Nazareno.

Los discípulos oyeron, pero dice San Lucas una cosa, que a primera vista parece extraña, aunque no es la primera vez que esto sucede. «Mas ellos, dice, nada de esto entendieron, y estas ideas estaban escondidas para ellos, ni entendían lo que se les decía».

No debe creerse que no entendían lo que Cristo decía, pues todo ello era bien claro y sencillo en sentido literal. Sino que no se daban cuenta de cómo podían conciliarse todas aquellas ideas y revelaciones entre sí y con la persona del Mesías y del Hijo de Dios; y así sospechaban si habría allí otro sentido alegórico u oculto, que ellos no alcanzasen. Mas tampoco se atrevían a preguntarle por no hallarse con lo que ellos temían.

De este modo perplejos y en triste silencio caminaron durante algún tiempo, cuando, antítesis inverosímil de lo que acababa de vaticinar para sí el Rey de la gloria, ocurrió un caso de los más graciosos que se registran en el Evangelio.

210. LAS PRETENSIONES DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO

(Mc. 10, 35-40; Mt. 20, 20-23)

Debía el Maestro ir un poco separado de los otros, cuando humilde y reverente se adelantó una mujer. Era Salomé, la madre de Santiago y de San Juan. Acercóse, hízole una humilde reverencia, y díjole que le quería pedir una cosa, y que se la concediera.

«Díjole el Señor:—¿Qué quieres?»

»Díjole ella:—Maestro, dí que se sienten estos dos

hijos míos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino».

Demasiado sabía Jesús que aquella petición no era solo de la Madre. San Mateo dice que se le acercó la madre con los hijos; San Marcos dice que se acercaron los hijos. Y es claro que se acercaron los tres, pero echaron por delante a la madre, si ya no fué ésta la que tomó la iniciativa.

Era natural esta ambición, sobre todo en la madre, y hay que reconocer que no le debía ser inverosímil la esperanza de conseguir lo que pedía para sus hijos. Algunos creen que eran parientes de Cristo, y Salomé lo mismo que sus hijos miraba las cosas muy a lo natural. Ella misma le venía con su Madre siguiendo y sirviendo desde el principio. Además habían los dos recibido especiales muestras de benevolencia y distinción del Salvador, los llevó consigo a la resurrección de la hija de Jairo y á la transfiguración; les había mudado los nombres propios en el de Rayos o Hijos del trueno, que también indicaba distinción y aprecio. Si acaso, el que pudiera hacerles competencia era Pedro. Y esto parece que es lo que temían. Por lo cual la madre sin hacer referencia a esta sospecha, procuró asegurar para sus hijos los dos primeros puestos en aquel reino que ella se figuraba que había de ser reino humanamente espléndido y opulento.

Extraño es que semejante petición la hiciesen precisamente cuando el Señor acababa de hablar de las humillaciones, ignominias y muerte, y por decirlo en una palabra humana, del fracaso que le esperaba en Jerusalén. Sin embargo, como no se figuraban ellos que aquello había de tomarse a la letra, y confiando tal vez en aquellas últimas palabras en que prenunciaba su resurrección; que, si no entendían, con precisión lo que significaba, bien entreveían que era alguna restauración y comienzo de triunfo, quisieron para entonces tener asegurado el puesto. Y acaso lo estaban cociendo desde mucho antes, y ya en otras ocasiones habrían pretendido echar la misma solicitud, sino que no debieron hallar sazón para ello, y esta vez que encontraron al Maestro separado de los otros se lo dijeron.

Jesús, pues, que sabía que la petición tanto y más que de la madre venía de los hijos, dirigióse a éstos y les dijo:

«—No sabéis lo que pedís».

Porque en efecto ¿qué sabían ellos lo que era estar sentado a la diestra y siniestra de Jesucristo, ni cómo era su reinado, ni si sería tan deseable humanamente como ellos se lo figuraban, estar al lado de Cristo? Y añadió:

«—¿Podéis beber el cáliz que voy a beber yo? o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?»

»Respondieron ellos:—Podemos».

Yo me imagino que el discreto y bondadoso Maestro, al oír aquella, aunque presuntuosa, noble y valiente respuesta de los Hijos del trueno, debió sonreírse en su interior y así como antes había dicho: no sabéis lo que pedís; así ahora diría: no sabéis lo que prometéis.

Fácil en efecto era decir que podrían beber el cáliz de Cristo y ser bautizados con su bautismo, pero si hubieran sabido lo que en ese cáliz se contenía y probado aquella infinita amargura que en él estaba concentrada, que echó para atrás aun al mismo animoso Corazón de Jesús, si hubiesen adivinado lo horrible del bautismo con que pronto Jesús iba a ser bautizado, de seguro que ya hubieran temblado al afirmar lo que afirmaban. Así, pues, el Maestro les respondió muy exactamente:

«—Sí, beberéis mi cáliz y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; pero lo de sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a quienes está preparado por mi Padre».

No les dijo: sí, podéis beber mi cáliz; sino: sí, beberéis mi cáliz; lo beberéis, no porque vosotros tengáis fuerza para ello, sino porque yo os la daré y muy copiosa; porque sin ella ya sé yo lo que valdrían todas vuestras presunciones. En cuanto al sentaros a mi derecha e izquierda, eso yo como hombre y siervo de mi Padre, que debo cumplir la misión que me ha dado (habla aquí Jesucristo como hombre y como siervo lo mismo que en otras ocasiones parecidas) no lo puedo dar sino a quienes él haya dispuesto, que él sabe quiénes serán; seréis vosotros o serán otros, que beban el cáliz mejor que vosotros: no os preocupéis del premio, sino preocupaos del trabajo y del mérito, y de beber bien la parte de mi cáliz que se os reparta, que no os faltará la recompensa que merezcáis.

Claro es que bien podía Cristo, en cuanto Hijo de Dios, disponer los sitios en que habían de sentarse sus apóstoles, y en efecto lo disponía con su Padre; y por eso en otras partes decía que todo lo de su Padre era de él, y que él disponía el reino para sus discípulos juntamente con su Padre. Pero Cristo, cuando hablaba en esta ocasión y en otras parecidas, quería decir: no es propio de mi oficio y de la misión que yo he traído al mundo el dar coronas, sino el invitar a la lucha y a la virtud, ni mucho menos dar las coronas por razones humanas y motivos de parentesco, sino por razones de gracia y de mérito y de providencia, la cual suele atribuirse al Padre; ni en fin, está ese punto tan sin determinar, que no esté ya determinado a quiénes se darán esos puestos, por haberlos con la gracia de Dios merecido. Procurad vosotros ser estos y no perderéis vuestro galardón...

211. LOS PRÍNCIPES DEL REINO DE DIOS

(Mc. 10, 41-45; Mt. 20, 24-28)

No pudo tenerse toda esta conferencia tan en secreto, que no lo advirtiesen pronto los demás apóstoles; y, parte o todo, pronto supieron de lo que se trataba; y pasmados de la audacia y ofendidos de las pretensiones de los Zebedeos, comenzaron a tratar entre sí y a indignarse de los dos discípulos y de sus ambiciones. Para lo cual debieron apartarse un poco del Maestro, a fin de criticar así por grupos con más libertad.

Jesús que vio cómo estaban riñendo entre sí y acaso echando en cara a los desairados discípulos sus pretensiones, para cortar de raíz aquellas ambiciones y discordias, los llamó y reunió a todos y les dijo:

«—Sabéis que los que son tenidos por príncipes en las naciones, ejercen sobre ellas su dominio, y los grandes en ellas se posesionan de ellas. Pero no sea así entre vosotros, sino quien quiera entre vosotros ser primero sea siervo de todos. Porque también el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir él y dar su vida en rescate por muchos».

No por decir muchos quería excluir a algunos, sino que

dijo por muchos, porque realmente la vida de muchos iba con la vida de uno solo a rescatarse: todo el género humano, como lo dice la Escritura en muchos sitios y es dogma de fe, iba con la sangre de Cristo a redimirse.

De esta manera a un mismo tiempo corrigió a unos y a otros, y dió a entender con su propio ejemplo cuán lejos debemos estar los cristianos de otras ambiciones que de las de la verdadera humildad, a ejemplo de Cristo Nuestro Señor, que, siendo Señor, no quiso ser servido, sino servir él a sus siervos.

212. EL CIEGO A LA ENTRADA DE JERICÓ

(L. 18. 35-43)

Siguieron su camino hacia Jerusalén, y se acercaron a Jericó. Imposible evitar el encuentro de muchas caravanas que se dirigían a la Ciudad Santa, para la pascua. Jericó era ciudad de tránsito, muy frecuentada, cercana ya a Jerusalén, confluencia por tanto de los arroyos de peregrinos que iban a desembocar en ella. Al salir, pues, Jesús al camino y acercarse a Jerusalén, arremolinóse mucha turba a su alrededor. Y cuenta San Lucas este caso:

Al acercarse Jesús a Jericó, estaba sentado un ciego junto al camino pidiendo limosna. Y oyendo el tropel de gente que pasaba, preguntaba qué era aquello.

»Dijéronle que pasaba Jesús Nazareno.

»Y él gritó diciendo:—Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!»

Aun no había llegado a él el tropel de la gente, cuando ya él estaba gritando.

«Los que venían delante le reñían para que callase». Sin duda creían que lo que quería era limosna, o no les parecía bien que un mendigo molestase al Señor entonces, o eran sus voces tan grandes que llamaban la atención, y molestaba y no dejaba oír.

»Pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

»Paróse Jesús y mandó que lo trajesen a sí. Y cuando se acercó le preguntó así: ¿Qué quieres que te haga?

»Y él dijo: Señor, ver.

»Y Jesús le dijo:—Ve, tu fe ha dado la salud.

»Y en el mismo instante vió, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo cuando vió esto, dió alabanzas a Dios».

213. ZAQUEO

(L. 19. 1-10)

Y llegaron a Jericó, oásis delicioso en medio de aquellas arideces, puesto en los confines de Judea y de Perea; aduana, según parece, puesto de mucho comercio y tráfico, tránsito de muchos viajeros, y sitio, en fin, de lujo y magnificencia.

En su clima suave y tibio, crecían altas palmeras y las rosas más estimadas. Alamedas y jardines la adornaban y rodeaban dándole placer. El agua de la fuente de Eliseo y de otras muchas, bien canalizada, llevaba la frescura y la vegetación por todas partes. Arquelao y Herodes la habían adornado de preciosas quintas y elegantes edificios, y asegurado con muros y torres.

Pasaba Jesús por sus calles cuando le aconteció un caso muy curioso. Había en la ciudad un hijo de Abraham, un judío opulento, príncipe de publicanos, que debía tener arrendados los tributos o de toda la ciudad o acaso de toda la región. El pagaba al caballero romano encargado de parte de Roma de recogerlos, pero cobraba a los cobradores inferiores, de quienes por tanto era superior. Este hombre tenía un gran deseo de ver a Jesús y saber quién era y qué cara tenía aquel hombre de quien tantas cosas había oído, y no pocas a sus camaradas los publicanos. Pero tropezaba con una dificultad, que era pequeño de estatura, y no alcanzaba a verle por la turba.

Entonces tomó la delantera corriendo por donde venía la gente y subió a un sicómoro, mezcla de higuera y de morera, árbol de regulares dimensiones, por lo cual algunos juzgan que este episodio debió ocurrir a la entrada de la ciudad; y deseoso de ver al Señor cuando pasaba, acomodóse en una rama para aguardarle.

Cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzó sus ojos, vió a Zaqueo en el árbol y le dijo:

«Zaqueo, anda, baja, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa».

Sorprendido debió quedar Zaqueo de aquella invitación inesperada. Lo que él menos se figuraba era aquel favor. Además ¿de dónde le conocía el Maestro? ¿quién le había dicho su nombre? acaso la gente que le veía, a pesar de ser persona principal, subido a un árbol como un chico, al pasar le señalaba a los demás con la mano, y todos se refan de su afán e industria, cuando el Salvador mirando adonde todos miraban se invitó a su casa.

En fin, Zaqueo bajó al momento, y lleno de gozo recibió a Jesús en su casa, donde acaso convidó a sus camaradas y parientes.

Quedaría toda la turba fuera; y hablando de cómo se había metido en casa de Zaqueo, a quien con razón o sin ella tenían por pecador en el mero hecho de saber que andaba en negocios de tributos, que daban muy mala fama, murmuraban de ello diciendo: Ha ido a hospedarse en casa de un pecador.

Fuese o no fuese pecador Zaqueo, buena muestra dió de la nobleza de su alma apenas recibió la visita de Cristo. Porque «levantándose dijo al Señor: Desde ahora, Señor, doy a los pobres la mitad de mis bienes, y si a alguno he defraudado le restituyo el cuádruplo».

Puede deducirse de estas palabras de Zaqueo, que no debía ser tan malo como suponían los que se escandalizaban de que Jesús hubiese ido a hospedarse en casa de un pecador. Un hombre que generosamente se ofrece a dar de limosna la mitad de sus bienes, y que dice dudando que, si debe algo, pagará el cuádruplo, no debía haber defraudado mucho, puesto que no le argüía de nada claro la conciencia.

Al ver tanta generosidad y tan excelentes propósitos, Jesucristo exclamó diciéndole».

«Hoy se ha obrado la salud en esta casa; porque también este es hijo de Abraham. Porque el hijo del hombre ha venido a salvar y buscar lo que estaba perdido».

Cristo, según otra vez dijimos, aunque había venido a darse en redención por todos los de todas las naciones, pero él personalmente solo había venido para salvar por sí a los del pueblo judío, dejando los demás para sus discípulos.

214. PARÁBOLA DE LAS DIEZ MINAS

(L. 19, 11-28)

Mucha curiosidad habían excitado todas las idas de Cristo a Jerusalén, porque allí se suponía que había de manifestarse el Mesías y proclamarse definitivamente Rey de Israel. Y cada año crecía esta expectación a medida que crecían las maravillas y popularidad del Gran Profeta de Galilea, y la rabia y contradicción del Sanedrín.

Este año, sobre todo, subían muchos a Jerusalén persuadidos de que en él había de manifestarse por fin el Reino de Dios.

Y parece indicar el Evangelista que entre los que acababan de oír las palabras del Maestro había no pocos de esta opinión, los cuales con ocasión de lo que había pasado a Zaqueo y de lo que acababa de decir el Señor, debieron empezar a tratar de si por fin vendría entonces a manifestarse el Reino de Dios. Porque dice San Lucas:

«Y oyendo ellos estas cosas, prosiguió diciendo una parábola, a propósito de estar él cerca de Jerusalén y pensar ellos que se iba a manifestar enseguida el Reino de Dios:

«Dijo, pues: Un hombre noble se puso en camino para una región lejana, a tomar para sí un reino y volverse». Muy fácil era de entender este modo de hablar, porque entonces era muy frecuente ir los pretendientes de reinos a pedir en Roma que les reconociesen el derecho y les concediesen la posesión, como lo habían hecho recientemente Herodes, Antípatro, Antipas y Arquelao, cuyas historias eran en Jericó bien conocidas.

«Habiendo, pues, llamado a diez siervos suyos, dióles diez minas». Que sería cosa de 900 a 1.000 pesetas, valiéndole la moneda llamada mina unas 90 a 100.

»Y les dijo: Negociad, mientras yo vuelvo.

»Ahora bien, sus ciudadanos le aborrecían y enviaron detrás de él una embajada diciendo: No queremos que ese reine sobre nosotros.

»Y sucedió al volver él, después de haber logrado el reino, que mandó llamar a aquellos siervos a quienes

había dado el dinero, para saber cuánto había ganado cada cual.

»Y se presentó el primero, diciendo: Señor, tu mina ha producido diez minas.—Y le dijo: Bien, siervo bueno, porque has sido fiel en lo muy poco serás puesto al frente de diez ciudades.

»Y vino el segundo y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas.—Y le dijo asimismo a este: También a ti que te pongan al frente de cinco ciudades.

»Y vino el otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque te tenía miedo, pues eres hombre rígido, exiges lo que no has puesto, y siegas lo que no has sembrado.

»Dícele: Mal siervo, por tu propia boca te voy a condenar; sabías que soy hombre rígido, que exijo lo que no he puesto, y siego lo que no he sembrado... Pues ¿por qué no has puesto mi dinero al banco y así yo al venir lo hubiera cobrado con el interés?

»Y dijo a los presentes: Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas.

»Dijéronle: Señor, ya tiene diez minas.

»No importa, os digo, porque a todo el que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará.

»Y ahora a aquellos enemigos míos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia».

La parábola estaba bien clara. El príncipe noble es Cristo. Va a tomar su reino dentro de poco al cielo. Mientras él vuelve, deja a cada uno el tesoro de sus gracias para que negocien y hagan obras buenas. Los que no quieren que él reine sobre ellos son los impíos, y entonces los fariseos y escribas. Vendrá él después del fin del mundo a pedir cuentas a todos y a dar a cada cual la recompensa de lo que haya hecho. Y entonces ¡ay de los que hayan conspirado contra el Hijo de Dios!... ¡Ay también de los que en esta vida no han hecho nada digno del nombre de cristianos, teniendo la mina, que el Señor les haya dado, en el pañuelo! Dichosos los que con los talentos que él les haya dejado le hayan dado gloria de buenas obras!

215. LOS DOS CIEGOS DE LA SALIDA DE JERICÓ

(Mc. 10, 46-52, Mt. 20, 29-34)

Siendo tiempo de mucho paso de caravanas por Jericó, era natural que hubiese en el camino muchos pobres, y sobre todo ciegos pidiendo limosna.

«Al salir, pues, de Jericó Jesús con sus discípulos, le siguió gran turba de gente. Y encontraron dos ciegos, uno el hijo de Timeo, Bartimeo, ciego y mendigo. Este, habiendo oído que Jesús Nazareno pasaba, comenzó a gritar: Señor, Jesús, hijo de David, ten compasión de mí. Y muchos le reñían para que callase. Pero él gritaba mucho más. ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

»Paróse Jesús y mandó que le llamasen. Llamaron al ciego y le dicen: anímate, levántate, te llama. Y él echando su manto y poniéndose en pie de un salto, vino a Jesús. Y dijo Jesús: ¿Qué queréis os haga? Dícnle: Señor, que se abran nuestros ojos. Compadecido de ellos Jesús, tocó sus ojos y dijo: Vaya, vuestra fe os ha dado la salud.

«Y al punto vieron y le siguieron por el camino».

De estos ciegos, Bartimeo debía ser famoso y conocido, sea cuando estaba ciego, sea después, si, como es verosímil fué uno de los primeros cristianos, y conocido como uno de los favorecidos por el Divino Taumaturgo.

216. CONVITE EN CASA DE SIMÓN EL LEPROSO

(J. 11, 55-56; 12, 1-11; Mc. 14, 5-9; Mt. 26, 6-13)

A todo esto la pascua se echaba encima.

«Y habían subido, dice San Juan, a Jerusalén muchos de fuera antes de pascua para purificarse». Como la pascua había que celebrarla con pureza legal, y algunas purificaciones por lo prolijo de los ritos, duraban a veces varios días, los que tenían alguna mancha legal iban a Jerusalén con tiempo a purificarse para estar dispuestos a la pascua.

»Buscaban, pues, a Jesús, y al ir al templo se decían unos a otros: ¿que os parece que no haya venido a la fiesta?

»Y habían echado los príncipes de los sacerdotes y los

fariseos bando de que si alguien supiese dónde estaba lo declarase a fin de apoderarse de él».

Terrible y bien resuelta era la requisitoria. Cada día urgía más el Sanedrín la persecución. Pero bien públicamente se les iba a presentar dentro de poco el que buscaban.

»En efecto, seis días antes de la pascua vino a Betania, donde estaba Lázaro, el difunto a quien Jesús resucitó de entre los muertos.

»Hiciéronle, pues, allí un banquete en casa de Simón el Leproso y Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa».

Debía este Simón haber estado antes leproso y acaso curó por algún milagro de Jesucristo; o tal vez era este el nombre de la casa aunque no viviese ya Simón en ella. Sea de esto lo que sea, «cuando estaba recostado a la mesa, según costumbre que ya explicamos en otra parte, María tomó una libra de unguento de legítimo y precioso nardo y ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y quebrando el alabastro, derramólo sobre la cabeza, y toda la casa se llenó de la fragancia del unguento».

¡Cómo se conoce que el que lo cuenta fué testigo que todavía se acuerda de la impresión del perfume! María era, según ya en otro sitio lo explicamos, María Magdalena, aquella hoy justa, en otro tiempo pecadora, que al dejar de serlo hizo en casa del fariseo lo mismo que hoy en casa de Simón.

«Dijo entonces uno de los discípulos, Judas Iscariote, que le había de entregar: A qué ese derroche del unguento? ¿por qué no se ha vendido en trescientos denarios y se ha dado a los pobres?»

Trescientos denarios decía Judas que debía haber valido el unguento, y lo sabría. El denario era poco menos que una peseta; el unguento debía ser finísimo; el vaso también, como solían serlo los del unguento, de alabastro muy fino, con cuello largo y estrecho, para que el aceite precioso saliese gota a gota, y se conservase largo tiempo. Pero la Magdalena generosa, que quería gastar todo el unguento, quebró el cuello del vaso para derramar hasta la última gota de la esencia.

En cuanto a Judas lo que menos sentía era lo que decía: dice así San Juan:

«Esto dijo, no porque de los pobres se le diese a él nada, sino que era ladrón y como tenía la bolsa, defraudaba de lo que echaban».

Su mal ejemplo indujo a otros a murmurar como él, aunque sin su perversa intención.

«Viendo los discípulos aquello se indignaron diciendo: ¿a qué este derroche? Porque hubiera podido venderse este unguento en más de trescientos denarios, y darse a los pobres y se enfadaban con ella.

»Viendo esto Jesús, les dijo:

»Dejadla en paz, que para el día de mi entierro lo ha guardado. Ha hecho una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien. Pero a mí no me tenéis siempre. Esta ha hecho lo que ha podido, pues derramando ese unguento se ha adelantado a ungir mi cuerpo para el día de la sepultura, me ha preparado para mi entierro. De verdad os digo que donde quiera que se predique este evangelio por todo el mundo, se referirá también lo que ésta ha hecho, para recuerdo de ella».

¡Dichosa mujer que tan hermosa defensa mereció segunda vez de su Salvador! En efecto, donde quiera que hoy se predica el Evangelio de la venida y redención de Cristo, se predica también lo que hizo María Magdalena poco antes de la muerte de su Maestro. No pensó ella, cuando lo hizo, en la muerte de Jesucristo, pero Jesucristo, que sabía que dentro de poco iba a morir y que, María quería, mas no podría prestarle entonces este obsequio, delicadamente lo recibió como si lo hiciera ya el día de su muerte y en su entierro.

Apenas venido el Señor a Betania, enteróse mucha gente de los judíos que estaban allí, y vinieron, no por Jesús solamente, sino además por ver a Lázaro, a quien resucitó de entre los muertos. Sería, cuando vinieron el sábado a la puesta del sol; pues antes no podían por ser el camino de Jerusalén a Betania triple de lo que se permitía los sábados.

«En cambio los príncipes de los sacerdotes decidieron

quitar la vida también a Lázaro. Porque muchos de los judíos por causa de él se apartaban y creían en Jesús».

¡Oh refinada maldad y cada vez más ciega obstinación! Los mismos argumentos que debieran servirlos para convertirse al Mesías, para creer en Jesucristo, para dejar su ceguera, esos los empujan más y más a la maldad. ¡Qué mala es la luz para quien tiene irritados los ojos!

Mas ya se precipita el fin. Estamos en el último sábado antes de la pascua. Vamos a entrar en la gran semana de la Redención. Al otro día de este convite, entró Jesús triunfante en Jerusalén, saliendo así al encuentro de los que habían dado decreto de decir dónde estaba. Bien manifiesto iban a tenerle ante sus ojos.

LA SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS

217. ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS EN JERUSALÉN

(J. 12, 12-19; L. 19, 29-40; Mc. 11, 1-11; Mt. 21, 1-9)

Moraba Jesús en Betania, había celebrado el famoso convite en casa de Simón el Leproso; estaba pedido para la prisión y para la muerte por decreto del Sanedrín, aunque no del todo público, según parece; era con ansiosa curiosidad esperado por el pueblo innumerable, que se iba congregando para la Pascua más famosa y verdadera que se había de celebrar. Llegaba la hora de los más sublimes acontecimientos que ha visto el orbe. Los que buscaban a Jesús iban a verle muy pronto.

Refieren así los evangelistas el comienzo de la santa semana:

«Al día siguiente del convite de Simón el Leproso, habiéndose acercado a Betfage, al pie del monte Olivete, Jesús envió dos discípulos y les dijo: Id a la aldea que está en frente de vosotros, y en cuanto entréis en ella hallaréis una asna atada y con ella un pollino atado, sobre el cual aún no ha montado hombre ninguno. Soltadlos y traédme los. Y si alguno os pregunta: ¿qué estáis haciendo? ¿por qué lo soltáis? le diréis: Es que el Señor los necesita».